

Salvo por los forcados 1991 termina, con una miscelánea bastante antitaurina

Por ENRIQUE GUARNER

Una suerte típica del toreo portugués es la de los «pegadores» o «mozos de forcados». Su origen proviene del campo con los llamados «mancomadores» y aunque ya se conocía desde el siglo XVII, alcanzó su apogeo en 1852 con la famosa cuadrilla que comandaba Victorino dos Reis, la cual logró actuar en Sevilla.

El mejor tratadista sobre «forcados», Antonio Rodvalho, describe cuatro formas fundamentales de pegas, las cuales son: 1) de cara, o sea, aguantando de frente la embestida y una vez que se ha agarrado el toro por los cuernos, los compañeros deben auxiliar al cabo. 2) de costas, cuando se recibe al burel de espaldas y se le traban sus pitones. 3) de rebo a volta, tomando al astado por la cola y haciéndolo girar. 4) de cernelha, en que la cuadrilla corre tras el toro y se le echan encima para inmovilizarlo.

Ayer en la Plaza México tuvimos dos actuaciones sobresalientes de dos grupos de «forcados», que eran los mexicanos y los queretanos. Todo lo demás, como fue la actuación de los rejoneadores y de los toreros, dejó mucho que desear.

Juicio crítico

Ante un tercio de entrada en la que abundaban los niños hicieron el pase de cuadrillas: Pedro Louceiro, que monta el caballo colorado español llamado «Bandolero», porta una casaquilla azul oscuro y tricorno emplumado; a su derecha, sobre el tordo «Condor», jinetea Rodrigo Santos quien lleva una chaquetilla blanca larga a la usanza portuguesa. Detrás vienen los toreros Cruz Flores de bugambilia y Patrick Varin en verde esmeralda. Ambos ternos van bordados en oro y van seguidos por los subalternos y forcados.

El ganado

Se lidió una corrida de San Marcos, cuyo propietario es Ignacio García Villaseñor, y que proviene del Valle de Guadalupe. Absurdamente se mocharon los pitones de los dos toros mejor presentados y salieron para los toreros de a pie una serie de bureles que, aunque enmorrillados, carecían de la cabeza propia del cuartefío, con lo cual eran novillos. En cuanto a su pinta la mayoría fueron negros, excepto un cardeno que fue corrido en último lugar.

Los astados de San Marcos tomaron hasta 10 puyazos, y debemos tomar en cuenta que en la lidia a la usanza española hubo únicamente cuatro. Detallándolos el que abrió

plaza que fue bueno para los capotes, pero no para el caballo. En segundo lugar salió un novillo que no fue entendido por Varin. El tercero, bastante bueno no resultó toreado por Cruz Flores. Excelente era el cuarto que iba con alegría hacia el jinete. Desperdiciado totalmente fue el quinto y el sexto, no tenía un pase.

Pedro Louceiro

Es verdaderamente triste asistir a los funerales que quieren ser festivos. El rejoneador portugués tuvo su buena época a fines de los años cincuenta y desde entonces se dedica en exclusiva a entrenar caballos y «niños bien mexicanos», que pretenden por narcisismo dedicarse al rejoneo. La actuación de Louceiro, falta de agilidad, se redujo a demostrar que es un magnífico caballista que casi nunca pone un rejón en lo alto.

Se enfrentó a «Peregrino» y montando a Paschah, un tordillo lusitano, falló tres veces antes de clavar sus rejones caídos, básicamente porque no ejecutaba la reunión de su cabalgadura con el toro. Por ello cambió de equino y sin pena ni gloria puso banderillas. En ese momento surgió una magnífica pega de cara del grupo mexicano encabezado por Pablo Ortiz y otra de cola por Del Villar. Louceiro pegó un pinchazo y dejó que el sobresaliente terminara con el burel. El juez Lanfranchi concedió una oreja en recuerdo a las antiguas tardes de éxito del rejoneador.

Rodrigo Santos

Tampoco me convenció la actuación del caballista potosino, aunque reconozco que sabe manejar los terrenos sin ayuda de sus subalternos y que además clavó una banderilla haciendo el movimiento por la espalda, de lo que se ha dado en llamar el «par de Calafia». Desafortunadamente en el resto de su trabajo resultó demasiado deficiente. Creo que el rejoneo que se practica en México carece de calidad, y la razón parte de que se torea poco y no hay manera de entrenar con carretilla. En España casi todos los rejoneadores son dueños de ganaderías y torear más de 70 corridas. Rodrigo se enfrentó a «Posadero» y montando al tordo «Ayatola» puso rejones a lo largo de todo el toro en general, lejos del morrillo. Con las banderillas sacó al bellísimo «Vientenero» de cabeza larga, ollares abiertos, pelo suave y tupido, tordillo mosqueado que logró el palo mencionado arriba, pero también colocó un par a dos manos, sumamente aplaudido, que quedó colgando sobre las orejas del animal. Fue entonces cuando saltaron los forcados de Que-

rétaro con su cabo Eduardo Vera y realizaron extraordinarias pegas de cara y de rabo a volta. Rodrigo terminó con rejones de muerte que fueron ineficaces y chuscamente mató a pie. Dio una vuelta al ruedo con el aplauso de los niños y los ancianos congregados en la Plaza México.

Cruz Flores

Este torero que en el año 1978 obtuviera un triunfo absurdo con el toro «Simpatías» de Reyes Huerta, es un ejemplo de lo que valen las orejas mal ganadas. En la actualidad constituye una ruina taurina y la tarde de ayer desperdició dos buenos toros.

Se enfrentó en primer lugar a «Recuerdo» con 494 kilos y que lo era porque constituía un ejemplar parecido al célebre «Simpatías» y aquí vino otro más de sus naufragios. Lo recibió con farol de rodillas en los medios, lances atropellados y así como todo tipo de horribles chicuelinas. Con la muleta se vio atropellado, saltarín, brincador, haciendo cabriolas y poses fuera de cacho. Mató de metisaca, aplaudido, entera y descabello.

Su siguiente enemigo se llamó «Neurado» con 482 y de nuevo Cruz Flores inició su labor con larga de rodillas, en que perdió el capote y lances espantosos. Su trasteo fue sin plan alguno, pases en redondo, de rodillas, por la espalda, por los costados, pero eso sí todos codilleando. De repente se tiró a matar sin muleta, como si estuviera alucinado y dejó una buena estocada. Le recomiendo su próximo internamiento en un manicomio.

Patrick Varin

Con lo mucho que quiero a Francia y el mal torero que nos han mandado. Desde tiempos de Napoleón III, quien apoyó con su invasión a Maximiliano en 1870, no había llegado nada peor del país galo. Es más la Guerra de los Pasteles se reprodujo la tarde de ayer, pero en lugar de dulces, empanadas, pastas o petits fours, se le lanzaron todo tipo de cojines al lidiador que procede de Lyon.

Se enfrentó a «Regalo», con 486 kilos, y lo recibió con verónicas sin ningún aguante. Con la muleta a un burel toreado le dio redondos a velocidad de vértigo y terminó con pinchazo y entera en lo alto, después media y descabello. Peor estuvo con «Pifatero», de 514, con el que se le ocurrió que mejor lo matara el picador antes de tener que torearlo. Finalizó con media y entera.

En resumen, rejoneadores y toreros fueron meros marmeros; los forcados esforzados.



La tarde de ayer, antitaurina, sólo dejó como huella la actuación de dos valentísimos grupos de forcados.